

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Víctor M. Molina
Por la Facultad

Juan Girelli

Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat

Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet

José H. Porto

Por la Facultad

Francisco M. Alvarez

Amadeo P. Barousse

Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto

Alfredo Bonfanti

Por el Centro de Estudiantes

AÑO XX

AGOSTO, 1932

SERIE II, N° 133

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Audax

La desocupación

El problema de la desocupación preocupa en la actualidad, a todos los países del mundo, con una intensidad más o menos pronunciada. Entre nosotros, país de inmigración, el problema aunque serio no puede revestir la misma gravedad. Desde ya, es necesario prohibir en forma absoluta, la entrada de toda persona que no disponga de un capital real de cierta importancia.

No todos los desocupados que existen en la Argentina, deben ser considerados con iguales normas, pues, según sus respectivas idiosincrasias, merecen distinta atención. Para esto es conveniente clasificarlos en diversas categorías, cada una de las cuales tienen sus propias modalidades.

En primer término existen aquellos que hacen alarde de su desocupación, viviendo en condiciones miserables, ya sea de la caridad pública o privada. Sin profesión alguna, en su mayor parte, acostumbrados a la holganza, no quieren trabajar. Rechazan cualquier ofrecimiento que signifique un esfuerzo, como si fuera contrario a su dignidad de hombre, pero reclaman imperiosamente una limosna. ¡Curioso estado de espíritu!

Estos desocupados forman legiones dispuestas a engrosar las filas del comunismo, enceguecidos por las brillantes luces de un porvenir falaz, aparentemente lleno de risueñas perspectivas. Olvidan que el principio fundamental de este credo político, es el trabajo. Para tener derecho al sustento es necesario trabajar, y trabajar dentro de un régimen comunista, significa realizar una labor intensa, en condiciones deplorables, que no conciben con las normas más elementales consagradas por la humanidad, como inherentes al hombre.

Esta desocupación no debe preocupar al Estado, por los

desocupados en sí, sino por el peligro que representa para el desarrollo normal de las actividades sociales, políticas y económicas del país.

Si son extranjeros, ellos y sus respectivas familias, deben volver a sus países de origen. El Estado ha de facilitarles los medios necesarios para su repatriación. En el caso de que fueran argentinos, será indispensable obligarlos a trabajar, proporcionándoles ocupaciones cuyas retribuciones les permita atender sus necesidades. Nunca se les debe dar el sustento, sin exigirseles su correspondiente esfuerzo.

Alimentar gratuitamente a los desocupados es fomentar la desocupación, además de representar una afrenta a la dignidad del hombre, que se ve reducido a la categoría de un mendigo.

Todo ser humano, está siempre dispuesto a obtener el mayor beneficio con el mínimo de esfuerzo, de acuerdo con el principio hedonístico, practicado a veces inconscientemente hasta por los seres irracionales. Si el hombre ve, que le es posible obtener un sustento sin esfuerzo alguno, dejará de trabajar, sin preocuparse de su dignidad humana. Aumentará el número de los desocupados. Perdido el hábito del trabajo, será difícil más tarde, hacerlo volver a sus anteriores ocupaciones. La historia está llena de ejemplos de las consecuencias del mantenimiento por el Estado, de los desocupados. Y recientemente hemos podido observar en la Gran Bretaña, los resultados funestos del gobierno laborista, que orientado en la política indicada, tuvo que abandonar el poder, antes de que su acción nefasta llevara a la ruina al pueblo inglés.

Es necesario emprender obras públicas y fomentar nuevas actividades económicas para dar trabajo a estos desocupados, cuya inercia destruye paulatinamente el dinamismo del pueblo.

Existen después los desocupados que ocultan su situación, que no ejercen la mendicidad, a pesar de vivir en forma miserable, careciendo a veces del alimento para ellos y sus familias. Desocupados llenos de dignidad, constituídos en su mayor parte, por obreros o empleados que desean trabajar; desocupados que no preocupa al gobierno, porque no exteriorizan su estado ni su número. Sin embargo, éstos son los que más deben merecer la atención de las autoridades. Esta miseria es la más peligrosa. El hombre lleno de energías, que se ve privado de todo recurso para sí y los suyos, estará siempre dispuesto a acudir a otra organización política, que pueda ofrecerle la posibilidad de aplicar ese dinamismo que la sociedad no le permite desarrollar. Esta miseria puede llevar al país al co-

munismo, pues en lugar de morir de hambre dentro del régimen capitalista, dirán estos desocupados, es conveniente probar otra organización que quizás les permita desarrollar su potencialidad productiva.

Para el obrero, bastará crear nuevas actividades económicas, ya sea públicas o privadas. En cambio para el empleado, la solución es más difícil. Estas nuevas actividades exigirán la ocupación de un número reducido de ellos. Y no es posible pretender social ni económicamente que el empleado transforme sus actividades y se convierta en obrero. No tendrá la fortaleza física necesaria ni la habilidad requerida.

Cualquiera que sea la actividad que se acreciente o se inicie con el propósito de resolver el problema de la desocupación, en ella se debe limitar el uso de las máquinas, a la parte considerada indispensable para abreviar la fatiga humana, pero nunca para suprimir personas. Este es el principio adoptado en los Estados Unidos.

Por último existen los ocupados con salarios que calificaremos de hambre, insuficientes para mantener al trabajador y a su familia, incapaces de cubrir las exigencias más elementales del sustento y por lo tanto de mantener la productividad de la presente generación y de las futuras, que serán raquílicas a consecuencia de una pésima alimentación durante su juventud. El profesor Escudero ha hecho al respecto interesantes estudios.

Disminuyen las retribuciones pero no se reduce concomitantemente el costo de la vida. Al contrario para ciertos artículos aumentan los precios. País del trigo y de haciendas; y sin embargo, ¡qué ironía! el pueblo no puede saciar su hambre, por el precio elevado del pan y de la carne. El agricultor y el ganadero sufren una crisis intensa por la falta de colocación de sus productos; los precios obtenidos no son compensadores de sus sacrificios. ¿A qué se debe entonces el costo elevado de estos artículos? El exceso de intermediarios y el número elevado de comerciantes minoristas, son los dos factores concurrentes que determinan el precio exagerado de los artículos calificados de primera necesidad. Cada intermediario quiere la compensación de su servicio, útil a veces, estéril en otras oportunidades. Además, siendo elevado el número de los minoristas, deben aumentar sus precios, única forma de compensar con una venta reducida, los gastos generales del negocio y obtener una utilidad que retribuya el esfuerzo realizado. El Estado no debe permanecer indiferente ante esta situación

que ha llegado a culminar en la destrucción de los productos antes que reducir su precio. La municipalización de ciertos servicios sería quizás la mejor solución, siempre que se realice con un criterio económico y no político. Si predominara el concepto político, los gastos de organización y de funcionamiento serían tan elevados que no se podría reducir el precio de los artículos.

El Estado, en sus actos no debe olvidar que el trabajo constituye uno de los factores de la producción, y que por lo tanto, si se quiere mantener la productividad del país, es necesario cuidarlo, en la misma forma, que el capital y la tierra. Estos dos últimos, por sí, no son capaces de producir. Requieren la intervención del factor trabajo, factor olvidado con frecuencia. La riqueza de una nación, decía Rusky, está en la fortaleza física y moral de sus habitantes.